



LINEAS TEMÁTICAS EXPOSICIONES:

MARTES 16 DE OCTUBRE DE 2012

16:00 – 16:45

Patrimonio natural e inclusión social: caso comunidades Indígenas

MARIE KAROLINA NÚÑEZ SRÝTR

La arquitectura cultural en la cuenca del Salar de Atacama: ¿Cómo se concibe un territorio indígena en tiempos de globalización?

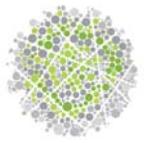
Tomo prestada la frase de “mundos no poblados”, para metaforizar o traducir la visión que los españoles construyeron sobre la naturaleza y territorios de las tierras áridas de la Puna de Atacama. Esta expresión sostiene un paradigma asociado con taxonomías europeas sobre lo que debe ser el universo cultural y natural en concordancia con sus propias narrativas descriptoras. Así, los mundos no poblados comienzan a ordenarse y clasificarse generando unidades fragmentadas. Desde una visión geográfica basada en sus rasgos, los españoles nombran y distinguen despoblados, sierras, salitrales; desde una organización administrativa y política nombran y sitúan una Atacama la Baja y una Atacama la Alta; desde el punto de vista del control de la población, se constituyen y organizan pueblos de indios. Por su parte, la visión prehispánica en relación con la ocupación del territorio, adquirió un carácter aislado con concentraciones insuladas entre extensiones despobladas que, sin embargo, fueron articuladas como un todo en complejas operaciones a través de rutas de interacción. No obstante, lo que sabemos de la organización de esos asentamientos indígenas prehispánicos tardíos, es que se establecían dispersos, y fueron considerados desde la mirada hispana, como espacios vacantes y a colonizar. De su población, sabemos también que durante el siglo XVI fueron nombrados como los de Atacama y en el siglo XVII como Atacamas, denominación asociada a “un paisaje inhóspito en torno al Salar de Atacama y sin límites precisos”.

En el tiempo republicano, ocurre algo muy similar respecto de la percepción que se tiene de la naturaleza, del territorio y de sus gentes. Tanto exploradores, científicos –ahora expertos de la naturaleza, la geografía, geología, por nombrar algunas especialidades, y vinculados a entidades institucionales-, han descrito este territorio como inhóspito, yermo, estéril, inhabitable y desprovisto de recursos y de civilidad. Esto manifiesta la continuidad de la discursividad hispana, pero esta vez enmarcada en el proyecto de expansiones territoriales de Chile. Si los primeros estaban en el afán de la conquista y colonización de estos territorios y sus vivientes o naturales en torno a un aparataje hegemónico; los segundos, fueron la antesala para sellar lo que años más tarde sería la construcción de fronteras de los estados nacionales. Ambos, hispanos y agentes de gobiernos, y luego de las repúblicas, deslindaron, expandieron y reprodujeron el “edificio binario de la modernidad”, y el predominio de la dicotomía naturaleza/cultura, la sociedad y lo que la rodea. En toda esta tradición, la frase mundos no poblados reproduce ese edificio entre naturaleza y cultura; naturaleza y sociedad; hombre y medio ambiente; ciencia y sociedad; y una manera de construir el mundo y territorios a través de la naturalización. Esa tradición no ha permitido ver que esos mundos no poblados, están poblados de colectividades: humanos y no humanos.

¿Cómo se concibe el mundo en la visión local/atacameña?

A través de la etnografía andina y la Antropología de la naturaleza, analizaremos el caso de la Comunidad Atacameña de Peine, localizada en la Región de Antofagasta, particularmente en la Cuenca del Salar de Atacama. Esta mirada nos abre un marco conceptual mediante el cual entendemos a los humanos como las colectividades indígenas y los no humanos como todas aquellas entidades de la “naturaleza” que se relacionan –recíprocamente- en un mismo campo social y espacio territorial.

La arquitectura cultural de esta región nos permite comprender la perspectiva local de los conocimientos indígenas sobre el contenido y la forma del territorio enmarcado en cuerpos de cuencas. En este sentido, las dinámicas de interacción social en la ocupación de espacios territoriales van a la par con los modos de habitar el desierto a través de moradas actuales llamadas estancias, y las antiguas (antigales) que se basan en el concepto de la doble residencia. Es decir, hay una intensa movilidad y estrecha vinculación entre el pueblo y el campo, pero también entre el pueblo y la ciudad. Lo anterior nos plantea los tipos de asentamientos (temporales y continuos) que se presentan salpicados en el territorio, como asimismo la especificidad productiva respecto de la actividad económica que se practica. En esta línea, las Unidades Domésticas (familias) junto a sus estancias marcan la soberanía en el territorio, puesto que es un espacio organizado y unido así como las redes de venas con caminos troperos o rutas viales que lo articulan de un modo no arbitrario; en tanto, la Comunidad se encarga de refrendarlo políticamente. El núcleo de encuentro de la refrenda, es uno ritual (ritos de posesión) donde confluyen todos los actores indígenas en un acto de invocación de



todos los no humanos que forman parte perimétrica del territorio de Peine y que se sitúan en las cuencas intermontanas entre las cordillera de Domeyko y los Andes.

La emergencia del ordenamiento territorial “oficial” (o legitimado por el estado), dadas las presiones de las transnacionales extractivas, es la situación actual de ésta y otras varias comunidades indígenas del Norte Grande. Todo ello, al par de ejecutar un plan de desarrollo local para dar sustentabilidad a un espacio que es más que topográfico, es su “tierra” cuyo sentimiento de territorialidad adscribe identidad y refrenda político ritual en tiempos de globalización.-
